

DECLARACIÓN DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA SOBRE LA MORALIDAD PÚBLICA

INTRODUCCIÓN

El país percibe con inquietud la presente oleada de inmoralidad. Este fenómeno que corroe los fundamentos de nuestra sociedad causa alarma en vastos sectores.

Tal situación nos interpela como pastores, conscientes de nuestros deberes con la Iglesia y con la patria y ha sido objeto de nuestra intervención en otras ocasiones.

Varios puntos son causa de particular preocupación y muestran el oscurecimiento de la dimensión social de la existencia humana y la decadencia de los fundamentos morales.

Reaparecen antagonismos de intereses y de grupos, signos de rebeldía y brotes de violencia que vician la atmósfera para el desarrollo integral de nuestro pueblo, sobre todo de los más pobres y necesitados.

El curso normal de la vida democrática tropieza con serios obstáculos. Dada la gravedad de ciertos acontecimientos, se configura una situación de conciencia tal que se recibe con sensación de alivio el estado de sitio. Lo que debiera ser medida excepcional se vuelve corriente.

USO COMÚN DE LOS BIENES

Mientras parece aumentar el desempleo y falta el pan en la mesa de las familias pobres, resalta el contraste de fuertes corrientes de egoísmo. El lujo, el despilfarro y la fuga de capitales tornan más dramática la situación. Se aduce como razón para el traslado de dineros al exterior la situación de inseguridad y la eventual carencia de incentivos económicos. No se debe olvidar, sin embargo, la obligación moral de una actitud solidaria.

Por otra parte, los bienes conseguidos normalmente con base en trabajo y esfuerzo son también fruto de la cooperación de toda la comunidad. A ella, en cierta forma, también pertenecen y a ella deben revertir con beneficios reales, abriendo fuentes de trabajo, asegurando salarios justos y formas equitativas de participación, políticas tributarias, etc., en una palabra, variados mecanismos de distribución.

Cuando el espectro de la miseria se cierne sobre vastos sectores de nuestro pueblo, ¿cómo no reclamar vigorosamente la sensibilidad social de quienes, poseyendo más de lo necesario, deben tener en cuenta la necesidad ajena? La Encíclica “Populorum Progressio” refrenda este principio claramente: “La propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto. No hay ninguna razón para reservarse en uso exclusivo lo que supera la propia necesidad, cuando a los demás les falta lo necesario” (n. 23). Y agrega: “La renta disponible no es cosa que quede abandonada al capricho de los hombres, y las especulaciones egoístas deben ser eliminadas. Desde luego no se podrá admitir que ciudadanos provistos de rentas abundantes, provenientes de los recursos de la actividad nacional, las transfieran en parte considerable al extranjero, por puro provecho personal, sin preocuparse del daño evidente que con ello infligen a la propia patria” (n. 25). Tal doctrina cobra hoy especial actualidad. Este proceder es inmoral y reñido con el concepto cristiano de la propiedad privada y constituye una grave injusticia y una ruptura de la fraternidad.

El uso común de los bienes no ha de interpretarse como una concesión al socialismo, entendido en sentido estricto, como el sistema político, social y económico que aboga por la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. La experiencia de varias naciones muestra el riesgo de hipertrofia o agigantamiento del Estado -en tal sistema- con detrimento de la libertad de grupos y personas. La progresiva transferencia de medios de producción al Estado representaría un serio peligro ante el cual el cristianismo no puede estar ausente. Queda, desde luego, en pie el derecho y el deber de una justa tributación.

Corresponde a los dirigentes, con un compromiso cristiano y solidario, estudiar y delinear los caminos concretos para una síntesis que asegure el logro del bien común, la justa participación en los bienes, con el ejercicio real de la libertad. Se abre un amplio campo a la creatividad y a la imaginación.

El usufructo excluyente de los bienes, el afán inmoderado de lucro, la atmósfera de materialismo, configuran un sombrío panorama de inmoralidad pública.

INMORALIDAD EN LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA

Se van sucediendo denuncias, solicitudes de investigación y procesos, acusaciones de impunidad, síntomas de un profundo malestar y de la erosión de valores humanos.

La ausencia de un comportamiento ético en algunos campos de la administración pública provoca el rechazo de gobernantes y gobernados. El tráfico de influencias, el soborno, el hurto, el despilfarro, el abuso del poder, la impunidad, etc., exigen una acción más decidida de la justicia y la implantación de medidas drásticas que remedien tal situación y restituyan la credibilidad y la confianza. Merecen el reconocimiento del país todos los esfuerzos que se hagan al respecto, de acuerdo con la promesa y el empeño de los gobernantes.

MORAL Y POLÍTICA

La política es una misión necesaria, noble y respetable de servicio a la sociedad.

No se pueden separar los criterios políticos de los imperativos éticos. La consagración de los políticos al bien de la comunidad, su idoneidad, su proceder irreprochable, han de ir inseparablemente unidos a la respetabilidad de sus funciones. Sobre todo los políticos que han sido elegidos para los cuerpos colegiados, prescindiendo de cualquier otra ocupación, como lo exige la magnitud de su labor, deben ser ejemplo de solvencia moral y de austeridad.

El pueblo colombiano tiene que madurar en los criterios de la selección de sus representantes y en el ejercicio de su conciencia crítica. Debería exigir la proposición de programas de eficaz contenido social, cuya bondad no proviene necesariamente de las afiliaciones de partido sino de la densidad y viabilidad de las respuestas que ofrezcan a los retos del momento histórico. Esto vale también para aquellos políticos que hacen gala de su incredulidad y de su acerbía contra la Iglesia.

La conciencia cristiana ha de servir de estímulo y resorte para los procesos de cambio personalizante. Los gobernantes y los políticos cristianos deben nutrir su compromiso de la visión del hombre que nos brinda la fe.

LA UNIVERSIDAD POLITIZADA

No podemos ocultar nuestra preocupación, que se suma a la inmensa mayoría del país, sobre la politización y radicalización de la Universidad Nacional.

Se apoderó del alma mater una ideología minoritaria que, en nombre de la libertad de cátedra, redujo el espacio de libertad a otras tendencias, y con el pretexto de modernidad se convirtió en centro impulsor de conocidas ideologías. Las consecuencias del desorden, violencia e irrespeto a las leyes y a la moral, que son del dominio de la opinión pública, son aleccionadoras.

La universidad, es cierto, no debe estar encerrada y concentrada sobre sí misma. Ha de estar presente en la vida del país de manera constructiva, sin mutar su razón de ser o confinar la preparación académica a algo irregular o secundario. No deja de sorprender que en un país democrático se instauren cátedras y baluartes de concientización marxista en el más alto instituto educativo.

INSEGURIDAD

Impera la inseguridad. Pululan los atracos y robos en el campo y en el corazón mismo de nuestras urbes. Los atentados contra la vida son frecuentes.

El secuestro, medio de intimidación y explotación, se ha vuelto una empresa delictiva que llena de temor e incertidumbre a la población.

Las gentes se preguntan, con sobrada razón, si no es el caso aumentar el rigor de las penas que tal delito merece.

CONTRABANDO

Nuestra economía tiene en el contrabando una arteria rota.

Da la impresión de que existen fuertes organizaciones de contrabandistas que inundan el país de artículos suntuarios o que exportan nuestros productos, burlando los controles y conquistando la complicidad de autoridades y empleados.

TRAFICO DE ESTUPEFACIENTES

Colombia es ya tristemente célebre como importante centro del tráfico internacional de estupefacientes.

Se pone en gravísimo peligro la salud física y moral de nuestra juventud. Solamente con la colaboración de todos los estamentos sociales y con la aplicación pronta y severa de las penas correspondientes será posible quebrar las vértebras de este delictuoso comercio.

Todo este panorama configura un oscurecimiento de la dimensión social de la existencia humana y una grave decadencia moral. Las ganancias excesivas a corto plazo, con las secuelas de especulación, el acaparamiento, el abuso de los intermediarios, los elevados honorarios profesionales, la falta de honradez en la ejecución de los trabajos, la evasión de impuestos, etc., son proceder in justos. Asombra comprobar cómo para tales acciones se ha perdido en mucho el sentido moral, la conciencia de pecado y de vergüenza.

LA FAMILIA

Desde años atrás la familia viene siendo objeto de una campaña que la afecta sensiblemente.

Con plena libertad de movimiento continúan operando centros de planificación familiar que utilizan técnicas y procedimientos inmorales, con recursos extranjeros, y que exhiben una visión unilateral del problema de la población.

Se nutre una mentalidad divorcista y se quiere introducir la legalización del aborto, invocando razones que no resisten un examen serio. Algunos legisladores están empeñados en semejante campaña. Por los canales de televisión se han presentado médicos que abogan por el aborto. Es este un nuevo signo de postración moral que distrae la atención de otros problemas más urgentes y de las verdaderas causas de este drama.

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL

Compete a los medios de comunicación una gran responsabilidad.

Hay sectores que tienen serio sentido de su trabajo. Pero registramos con dolor, en no pocos casos, la falta de veracidad y objetividad, la tendencia a desfigurar hechos y a manipular la mente de las gentes. Los medios de comunicación -torcidamente encaminados- se convierten en nefasta tiranía de la opinión pública.

La misma Iglesia es víctima de corrientes que parecen ser efecto de una consigna de distorsión y de difamación de las obras de la Iglesia, o de silencio, concertados con los brotes de anticlericalismo.

Proliferan publicaciones sensacionalistas, periódicos, noticieros, programas de radio que hacen gala de la pornografía, la procacidad y múltiples formas de vulgaridad. Con el pretexto del humor se conculca el respeto a las personas, se mina el pudor y se moldean corazones bajos y mentalidades grotescas. Procediendo así sacan jugosas ganancias.

Este virus lejos de debilitarse se esparce. Lo que causaría vergüenza, aún en sociedades moralmente decadentes, tiene entre nosotros libre circulación. Películas prohibidas en muchos países se exhiben en Colombia.

Extraña sobremanera que las autoridades competentes sean indiferentes con tales hechos.

Llamamos clamorosamente la atención a los cristianos para que con sanos criterios rechacen y protesten contra semejante avalancha de inmoralidad.

PLURALISMO ETICO

El pluralismo ideológico es falsamente invocado como fuente de pluralismo ético, como si hubiera tantas éticas válidas cuantas ideologías. En algunos casos, interpretaciones aisladas, que no superan el nivel de hipótesis deleznable, se lanzan como si sirvieran sólida fundamentación. Se provoca así la confusión que lleva a que cada quien establezca su propia moral. Algunos otorgan a estas tendencias una autoridad que niegan al magisterio de la Iglesia, sirviéndose de planteamientos para esgrimirlos contra la misma Iglesia.

El panorama presentado, forzosamente incompleto, podría parecer a algunos severo y pesimista. Lo exige la naturaleza de la materia. Nos hemos propuesto prestar un servicio para iluminar la conciencia de los colombianos.

Los puntos tratados se ubican en una perspectiva moral y pastoral. Tenemos conciencia de nuestro servicio esencial de unidad y respetamos la autonomía de lo temporal, según la doctrina del Concilio Vaticano II.

Hay sacerdotes que se muestran reacios a nuestras directivas. Algunos propagan noticias y documentos tendenciosos e incluso calumniosos, encubiertos en la sombra del anonimato, reñidos con la moral.

Si frente a tales procederemos abrimos un margen de paciencia, comprensión y esperanza, no permitiremos que prevalidos de su liderazgo espiritual, tan debilitado como sus vínculos con la Iglesia, sigan creando confusión. La situación irregular de estos sacerdotes, varios de los cuales, desde años atrás, han sido suspendidos de su ejercicio ministerial, no los capacita para presentarse como voceros del clero colombiano.

UNA NUEVA SOCIEDAD Y UN HOMBRE NUEVO

Las reformas que el país necesita no se lograrán bajo el imperio de la inmoralidad.

La reforma de las estructuras exige e implica el cambio profundo de la persona, como lo ha enseñado la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, reunido en Medellín: “La originalidad del mensaje cristiano no consiste directamente en la afirmación de la necesidad de un cambio de estructuras, sino en la insistencia en la conversión del hombre, que exige luego ese cambio. No tendremos un continente nuevo sin nuevas y renovadas estructuras; sobre todo, no habrá continente nuevo sin hombres nuevos, que a la luz del Evangelio sepan ser verdaderamente libres y responsables” (Justicia N° 3).

Nuestra fe cristiana espera en el nacimiento del hombre nuevo, que surge de la respuesta plena a Cristo Vivo, Camino, Verdad y Vida y fuente fundamental de la moral cristiana. El hombre nuevo es el fruto de la reconciliación con Dios y con nuestros hermanos. Es justo y solidario. En el cumplimiento de la ley de Dios, de sus mandatos, muestra la realidad de su amor y el sentido de su compromiso cristiano. En el acatamiento a la ley humana participa en la construcción de la nueva sociedad y pone su vida en convergencia hacia el bien de la comunidad y del hermano. Estas verdades fundamentales son opacadas por el materialismo práctico: la codicia, el usufructo exclusivo de los bienes, la búsqueda de placer, están reñidos con la concepción que la fe nos da del sentido de la vida, del hombre, de la historia. Cunde un relativismo moral que destruye la estructura y jerarquización de los valores, sin los cuales ni la sociedad ni el hombre pueden avanzar. Se alimenta un torcido concepto de libertad. Su verdadero sentido radica en la capacidad que tiene el hombre para autodeterminarse, en orden al bien, a su desarrollo integral, dentro de la sociedad, y no en la opción para la destrucción, el propio envilecimiento, el rechazo del otro, en una palabra, el libertinaje.

Se percibe la exclusión de Dios de la dimensión ética de la existencia. El humanismo pleno, la genuina personalización del hombre, el desarrollo integral de nuestro pueblo, su liberación integral, no puede lograrse lejos del amor de Dios y de nuestros hermanos, al margen de la moral cristiana que penetra al ser mismo de nuestro pueblo. Los clamores y protestas que de él surgen reflejan su deseo de bien, sus resortes y virtualidades cristianas, su aceptación sincera y sencilla del Evangelio. Los fenómenos de inmoralidad suscitarán nuevos rechazos. La mentalidad de ciertos grupos y su bancarrota moral no podrán postrar al hombre colombiano.

La crisis moral hay que tomarla como un reto. La respuesta a todos nos compromete. Nuestra dignidad se juega allí, como también el futuro del país.

La inmensa mayoría de nuestro pueblo tiene como riqueza irrenunciable un hondo sentido religioso. Vibra en él la aspiración a ser más a su liberación integral, como superación de las injusticias y servidumbres y como encuentro con el Señor que nos llama a su seguimiento. Su reciedumbre, su paciencia, su entereza, su amor al trabajo, su honradez, están en la base de la nueva sociedad que todos debemos sembrar y hacer nacer.

Bogotá, julio 25 de 1975

+José de Jesús Pimiento
Arzobispo de Manizales
Presidente Conferencia Episcopal

+Mario Escobar Serna

+Alberto Giraldo Jaramillo

Obispo Vicario Delegado Castrense
Secretario XXXI Asamblea plenaria

Obispo auxiliar de Popayán
Secretario XXXI Asamblea plenaria.